

Las urgencias de la vida cotidiana: eso que no pueden dejar de decir las crónicas

The Urgencies of Everyday Life: What Chronicles Cannot Stop Saying

As urgências da vida cotidiana: Aquilo que as crônicas não podem parar de dizer

María Josefina Barajas

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA (UCV), VENEZUELA

Profesora e investigadora del Departamento de Teoría y Crítica Literarias

(Escuela de Letras) y de la Maestría en Estudios Literarios en

la Universidad Central de Venezuela. Magíster en Literatura

Latinoamericana y Doctora en Letras de la Universidad Simón

Bolívar. Dentro de sus últimas publicaciones se encuentran *Textos*

con salvoconducto: La crónica periodístico-literaria venezolana de

finales del siglo XX (Ediciones de la Biblioteca de la Universidad

Central de Venezuela - Comisión de Estudios de Postgrado de la

Facultad de Humanidades y Educación, 2013) e *Imaginarios de la*

cotidianidad. (Puerto Rico en sus crónicas periodístico-literarias

de los años 80) (Ediciones La Casa de Bello, 1998). Correos

electrónicos: maria.barajas@ucv.ve; mariajbarajas@gmail.com

Artículo de investigación

Este artículo contiene parte del capítulo homónimo del libro de la autora *Textos con salvoconducto: La crónica periodístico-literaria de finales del siglo XX* (Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela - Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, 2013). El libro obtuvo mención de honor como finalista en la Décima Edición del Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana (Caracas, 2010).

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.cl23-46.uvlc



Resumen

Las nociones de verosímil y de mundos posibles derivadas de los estudios literarios, las de cotidianidad y universales reales provenientes de las reflexiones filosóficas, junto con las discusiones acerca del valor de los sucesos no consagrados por la historia, permiten mostrar en este trabajo que, más allá de si los sucesos narrados por las crónicas son reales y por entero verificables, o más bien ficcionales en algún grado, el ser representativos de hechos sociales del mundo de los lectores es lo que hace de la crónica, en particular de la periodístico-literaria venezolana, un tipo de enunciado sujeto a ser considerado parte de la historia (o las ciencias sociales), la literatura y el periodismo.

Palabras clave: crónica; género; teoría de la literatura; Venezuela; siglo XX

Abstract

The notions of plausible and possible worlds derived from literary studies, those of everyday life and real universals from philosophical reflections, together with discussions about the value of events not acknowledged by history, allow us to show in this work that, whether events narrated by the chronicles are real and entirely verifiable, or rather fictional in some degree, these representations of the social facts of the readers' world is what makes chronicles, in particular the journalistic-literary Venezuelan chronicle, a type of statement subject to consideration as part of history (or social sciences), literature and journalism.

Keywords: chronicle; gender; theory of literature; Venezuela, 20th century

Resumo

As noções de mundos plausíveis e possíveis derivadas de estudos literários, as de cotidianidade e universais reais provindas de reflexões filosóficas, juntamente as discussões acerca do valor dos acontecimentos não consagrados pela história, permitem mostrar neste trabalho que, embora os eventos narrados pelas crônicas sejam reais e completamente verificáveis, ou melhor ficcionais em algum grau, o ser representativos de feitos sociais do mundo dos leitores é o que faz da crônica, em particular da jornalístico-literária venezuelana, um tipo de enunciado sujeito a ser considerado parte da história (ou as ciências sociais), a literatura e o jornalismo.

Palavras-chave: crônica; gênero; teoria da literatura; Venezuela, século XX

RECIBIDO: 24 DE OCTUBRE DE 2017. ACEPTADO: 21 DE JUNIO DE 2018. DISPONIBLE EN LÍNEA: 30 DE DICIEMBRE DE 2019

Cómo citar este artículo:

Barajas, María Josefina. "Las urgencias de la vida cotidiana: eso que no pueden dejar de decir las crónicas". *Cuadernos de Literatura* 23.46 (2019): 233-268. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl23-46.uvlc>

Pero lo importante es no hacer con el acontecimiento lo que se hizo con la estructura. No se trata de colocarlo [...] todo en un plano, que sería el del suceso, sino de considerar detenidamente que existe toda una estratificación de tipos de acontecimientos diferentes que no tienen ni la misma importancia ni la misma amplitud cronológica, ni tampoco la misma capacidad para producir efectos”

MICHEL FOUCAULT. *VERDAD Y PODER*

Ni historia ni literatura ni periodismo del todo. Acaso textualidades que circulan en el espesor de los documentos memorables, en la liviandad de los periódicos o en algunas junturas de textos, literarios o no ficcionales, llamados *compilaciones*. Si algo en general puede caracterizar a los textos de crónicas periodístico-literarias es esa extraña y, al mismo tiempo, paradójica ruptura de la que son objeto equivalente, traducible, o que podríamos verbalizar con un *no son ni este tipo de texto... ni aquel... ni este otro, especial, estable o exclusivamente*.

Se trata de una ruptura con relación a otros tipos de crónicas que claramente se presentan conforme a las leyes de un género reconocido; como la crónica: i) periodística, venida del reportaje y de la información aliada a las urgencias del presente; ii) la histórica, proveniente de la relación temporal y sucesiva de hechos reales; y iii) la literaria del texto ficcional. Ante ese ejercicio de discontinuidad nos preguntamos, ¿qué práctica textual y qué operaciones autorizan a las crónicas periodístico-literarias para un libre y voluntarioso tránsito por el territorio de discursos canonizados, como el periodístico, la historia o el discurso literario?

Al examinar el conjunto de temas, referentes, voces y personajes, o los aspectos formales que pretenden ser característicos de las crónicas periodístico-literarias resulta inmediato encontrarse con una cuestión que luce completamente natural a estos enunciados, y quizás por esa misma causa juega a pasar desapercibida. Se trata de la dinámica de lo veraz,¹ inspiradora de muchas seriedades intelectuales y tema preferido de quienes atienden la censura como negocio; la dupla de lo cierto y lo incierto (asociada a la verdad) que aspira a desproblematizarse, a obviarse en los

¹ Lo “veraz” porque “dice, usa o profesa siempre la verdad”, tal como lo indica nuestro *Diccionario de la lengua española*.

textos de ficción cuando acuden al encuentro con ese otro constructo llamado *verosímil*.

Referir lo que podría suceder o los acontecimientos posibles de acuerdo con la probabilidad o la necesidad es una de las tareas del poeta, afirmaba Aristóteles desde su *Poética* (Trad. Cappelletti 1451a). Lo posible resulta verosímil y es una de las cualidades de las representaciones imitativas que realiza el poeta. He allí, entonces, que el poeta es tal no porque escriba en verso o en prosa, lo es porque a diferencia del historiador no representa estrictamente lo que sucedió o lo que realmente sucede, continúa Aristóteles. El poeta es poeta porque *representa lo posible*, lo verosímil. Así que, desde la Antigüedad griega, entrar simultáneamente en el espacio que relaciona las representaciones de lo sucedido y de lo que sucede² es también responder a una lógica discursiva sobre lo virtual, lo que puede tener ocasión o quizás ser.

Estas tres instancias de *lo cierto* (lo sucedido, lo que sucede y lo que puede tener ocasión) que dialogan con los hechos como datos citables, referibles, dispuestos a la manipulación, diseñan y estabilizan el plano de los acontecimientos dentro de una temporalidad que se reconoce lineal en cada traza (del fue, es y será) de pasados, presentes y futuros. Desde este punto de vista lo cierto es *lo sucedido*, lo que fue. Y así *el pasado* se nos convierte en certeza, en dato estable, en el conjunto de referencias y anterioridades citables. Como también se convierte en cierto *lo que sucede*, lo que es actuación en el ahora, en *el presente*, por el hecho verificable de estar ocurriendo ante los sentidos de quien lo percibe o lo tiene por experiencia. El momento dedicado a la lectura de este texto que presento como escrito por mi puño y letra, en la mediación del procesador de palabras, o el momento destinado a la lectura de cualquier otro enunciado, calzan dentro de esa idea de lo cierto como lo real. El acto de leer, como sucedería en general para todo acto en desarrollo, se puede esgrimir en certeza de un tiempo que se somete a comprobación con cada palabra leída, palpable

2 Según Julia Kristeva: “No es sorprendente entonces que este concepto [de verosímil], que se remonta a la Antigüedad griega, aparezca *al mismo tiempo* que la ‘literatura’ y el ‘pensamiento sobre la literatura’ (la *Poética*) y la acompañe sin tregua a lo largo de la historia ‘literaria’ (el concepto de historia es, por lo demás, imposible sin la noción de ‘literatura’). De modo que lo verosímil parece formar parte de la literatura (el arte), se identifica con su carácter sustitutivo y por este gesto mismo descubre su complicidad con todos los atributos de nuestro pensamiento” (“La productividad llamada texto” 63-64).

o apenas tenida ante la mirada: cada palabra reconocida marca ese tiempo del ahora. Pero la relación entre tiempo y certeza no se agota en estas dos instancias de lo que fue y de lo que está aconteciendo, porque lo *cierto* también es lo posible, lo que *puede ser*, aquello que *puede suceder*, o lo que espera un tiempo próximo para tener ocasión. Lo cierto asume su condición de certeza en la medida en que pueda alcanzar el estatus de real o de hecho realizado, y por ello también citable.

Dentro de este último tiempo de certeza, sin temor de errar, se encuentra ese espacio ficcional que primero invita a lo posible en el cuerpo de cada texto literario y a continuación remite, como paso de tránsito obligado, al epicentro de las diferencias entre las especies poéticas que estableciera Aristóteles: al tema de lo similar a la verdad. Lo *vero-símil*, recordando a Christian Metz, se comprende entonces como “el conjunto de lo que es posible a los ojos de los que saben (entendiendo que este último ‘posible’ se identifica con lo posible verdadero, lo *posible real*)” (Metz, “El decir y lo dicho...” 19).

Lo posible que puede ser verdadero es uno de los aspectos discursivos que quizás permita comprender el paso franco de los textos de crónicas, su ir y venir de una frontera textual a otra, su estadía en una comunidad de etnias textuales, amplia, controversial y excluyente; su vida entre géneros y enunciados que se encuentran bajo el tutelaje de sus propias y diferentes cartas magnas, bajo la mirada de discursos que se escrutan con recelo. La invitación que sigue es a observar de qué manera *un* posible puede ser verdadero en cierto conjunto de crónicas periodístico-literarias venezolanas de las décadas de los años ochenta del siglo XX, de los noventa, y de los primeros años del siglo XXI.

Ser latinoamericano es mirar con los ojos de quien sabe

En “*Edificio La Sierra. Catorce pisos calientes*”, crónica de Sergio Dahbar, se desaloja a los habitantes de un edificio caraqueño a quienes no auxilia el estado de derecho: el trámite es producto de la complicidad entre las instancias públicas “competentes” y poderosos intereses privados. En otra ocasión, en “*San Félix, propiedad privada*” del mismo Dahbar, un pueblo venezolano amanece de un día para otro como propiedad privada de una sola persona y, por si fuera poco, no residente y de nacionalidad extranjera: el trámite se realiza sin mediar la correspondiente marca de autenticidad que son los trazos del firmante, su rúbrica; y sin el acto afirmativo de consentimiento verbal o gestual de sus dueños, propietarios

reales y pobladores de San Félix. En la crónica “Soy tu esposa por un día”, una muchacha citadina, educada para una vida correcta, dedica sus conocimientos y dotes a la profesión de “ser esposa por un día”. Mientras tanto, en el *lobby* de un hotel de esta verdosa ciudad de Caracas, como lo muestra esa otra crónica de Sergio Dahbar “*Brigitte Nielsen. De lo que se perdió Rambo*”, un grupo de fotógrafos pone a un lado los verdaderos derroteros de su oficio y obstaculiza al resto de los profesionales de prensa que acuden al lugar: la ocasión se convierte en la oportunidad vampírica de tener una mejor vida al pasar a la historia gracias a una fotografía con una supermodelo europea que visita la ciudad.

En este mismo continente, pero un poco más allá, orillas adentro del Puerto Rico caribeño (que no el neoyorkino), en “La Gurúa Talía: Correo de San Valentín” –crónica de la puertorriqueña Ana Lydia Vega– una joven universitaria se casa con la promesa de las promesas. Se trata, en el contexto de una isla colonizada por el *Imperio*, de un estudiante de leyes a quien conoce en la misma universidad como destacado activista de avanzada; tipo “*full* compromiso con la emancipación anticapitalista” o prócer juvenil de izquierda. Al llegar a casa la protagonista se encuentra con la expresión realista, rubicunda y *transformer* de un marido latinoamericano que egresa de la Academia universitaria: el típico caso del *big deal* que pasa de Che Guevara a ejemplar pinochetizado. En “Vegetal fiero y tierno” de la misma Vega, en el seno de una tradicional familia clase media, la cronista decide ser vegetariana en esa isla que aprecia comer carne. Resultado: le toca aguantar los ataques diarios que cualquiera experimenta cuando se le ocurre meterse a minoría, sobre todo, en un mapa tercermundista. Mientras tanto, en un contexto mayor por menos individual y familiar, en “Llegó el obispo de Roma (12 de octubre de 1984)” de Edgardo Rodríguez Juliá, el Papa llega a Puerto Rico para ofrecer una misa al aire libre en el *parking* del *mall* Plaza Las Américas y allí comparte el escenario con la economía de mercado estilo “ventorrillo del semáforo”, buhonería de la más desatada. En esta ocasión, el emblema de la espiritualidad católica y la sustancia material asociada al desempleo se exhiben en un compartido espacio para darle la razón, y al mismo tiempo ilustrar, esa sabia sentencia popular que aquí los venezolanos reconocemos como *a Dios rogando y con el mazo dando*, o la oportunidad que no se puede perder.

Estas y otras historias, con el potencial de ser contadas con sus variantes de una punta al otro extremo de la América Latina,³ sintetizan el acontecer de ciertas crónicas periodístico-literarias escritas en Venezuela y en Puerto Rico durante las últimas décadas del siglo XX.⁴ Y son ejemplos interesantes de sucesos reconocibles como parte de la realidad venezolana y puertorriqueña, esa realidad que equivale a verdad. No son muestras descabelladas ni están definitivamente en el corredor que habitan las ficciones, más bien son casos de hechos *naturales*, *normales*, dentro de la lógica que motoriza cierta realidad de estos países.

Son ocurrencias similares a la verdad, son *vero-símiles*. Basta ser un lector de prensa, no importa lo dedicado ni lo asiduo que se sea a esas lecturas de diarios, incluso basta con ser un lector dominical de revistas en estos países, o de encartes de prensa, o es suficiente sencillamente con salir a la calle, para reconocer que las anteriores son historias populares, conocidas porque otros las han hecho saber, o vividas por experiencia propia. Pero aptas, sea lo que fuere, para ser repetidas no solo en su *posibilidad* de ser contadas nuevamente, sino también en su posibilidad de ser experimentadas en carne propia. Historias quizás *increíbles*, pero del tipo de las que suceden demasiado a menudo. Incluso, podríamos decir que esas historias *no son nada o son poco* con relación a esas otras que *pasan* en la calle más o menos todos los días, de las que cualquier ciudadano o nativo de la región se entera o ante las cuales queda expuesto a menudo como uno de sus actores, protagonista o no, según se ocupe alternativamente el lugar de la víctima o el lugar del testigo, claro está. El caso es que con ellas

3 En los textos de Carlos Monsiváis o José Joaquín Blanco que remiten a México, por ejemplo. Pero también gracias a las crónicas radiales de Pedro Lemebel que extienden su voz desde Chile, para solo nombrar algunos escritores latinoamericanos de textos de crónicas entre otros que también se han dado a conocer bajo esta singular manera de decir en las últimas décadas.

4 Las referidas aquí a las ciudades de San Félix y Caracas, a Venezuela en todo caso, son parte de la selección de crónicas de Sergio Dahbar reunidas en su libro *Sangre, dioses, mudanzas*. El segundo conjunto relacionado con Puerto Rico se corresponde, en primer lugar, con los argumentos de dos de las crónicas de Ana Lydia Vega editadas por la misma escritora en el libro *El tramo ancla. Ensayos puertorriqueños de hoy* (allí, aparecen recogidas junto a las crónicas de los también puertorriqueños, Magali García Ramis, Carmen Lugo Filippi, Rosa Luisa Márquez, Juan Antonio Ramos, Edgardo Sanabria Santaliz; y, a las del argentino radicado en Puerto Rico, Kalman Barys). La última historia del conjunto citado, “Llegó el obispo de Roma...”, pertenece a Edgardo Rodríguez Juliá. Esta crónica, junto a “El cerro maravilla (octubre-noviembre de 1983) y a “Una noche con Iris Chacón” del mismo autor puertorriqueño, integran su libro *Una noche con Iris Chacón*.

se muestran ciertos temas que conforman por su recurrencia e intensidad parte de la índole de la cotidianidad latinoamericana:⁵ corrupción y complicidad entre los sectores gubernamentales y ciertas esferas económicas; impotencia y estado de desprotección de los habitantes ante los grandes y medianos poderes del país (públicos y privados); prostitución, violencia, machismo; y, por otra parte, igualmente tenemos arribismo profesional; aspiración a formar parte de aquellos que de un momento para otro se enriquecen en la región o de quienes se hacen famosos de la noche a la mañana gracias a un *golpe de suerte*; interesante disposición a improvisar; y un particular sentido pragmático, ajeno a las formas y a los reglamentos, de asumir la vida personal y los desempeños públicos; para solo nombrar un pequeño corpus temático y no extendernos en una enumeración que ya de por sí agobia en la experiencia de todos conocida, como nuestra América.

Temas del *conjunto de lo que es posible a los ojos* de venezolanos, puertorriqueños, mexicanos o chilenos, *a los ojos de los que saben* cómo es *la movida*, *la chamba*, la dinámica general en esos países, porque están en ella o porque sufren sus consecuencias o porque la han *visto de cerca*. Ese caso de universalidad regional es el que permite señalar a Ángeles Mateo del Pino, desde Las Palmas de Gran Canaria, España, que Carlos Monsiváis, Edgardo Rodríguez Juliá y Pedro Lemebel son tres escritores de crónicas que

aunque ubicados en contextos espaciales diferentes, tienen en común el hecho de que sus crónicas son el reflejo o la consecuencia del desencanto existencial. Sus textos dibujan el mapa de la realidad latinoamericana, una cartografía desmitificada de la cotidianidad. Lejos de narrar lo “real maravilloso”, se trata de relatar “lo real inmediato”. Se erige así una escritura que es toma de con(s)cienza, compromiso, memoria, testimonio y documento de las múltiples problemáticas que aquejan a la sociedad y, por consiguiente, al individuo, lo que no es más que una forma sana y lúdica de trazar y revelar un panorama histórico que, a estas alturas del siglo resulta de lo más convulso. (“Chile... o las crónicas de Pedro Lemebel” 19)

5 Por supuesto, no son temas exclusivos de los latinoamericanos. Son temas, como sabemos, que la región comparte con otras geografías, en ardor y características diferentes, quizás un tanto por esa otra razón que se ha dado en llamar *globalización* económica y comunicacional. Entendiendo por *globalización* aquel concepto que, tal como lo advierte José Joaquín Brünner, “procura dar cuenta de la novedad de un capitalismo que ha extendido sus límites hasta los confines del planeta, envolviéndolo en la lógica de los mercados y las redes de información” (*Globalización cultural* 11).

Historia sobre temas cotidianos de las ciudades latinoamericanas, de sus calles. Convulsos, trémulos, crispados, estremecidos o estremecedores, llamativos, elocuentes temas cotidianos son los tópicos que abordan las crónicas periodístico-literarias. Temas que conforman parte de nuestro conjunto de representaciones e imágenes de lo que vivimos, y no tanto de lo que soñamos ni deseamos ni queremos tener derecho a esperar de nuestro imaginario social latinoamericano.

Desde tal perspectiva, los textos de crónicas periodístico-literarias resultan verosímiles temáticamente y su rasgo radical es la *semejanza*. A propósito de lo cual Julia Kristeva señala que

La semántica de lo verosímil postula una semejanza con la ley de una sociedad dada en un momento dado y la encuadra en un presente histórico. Así, para nuestra cultura, la semántica de lo verosímil exige una semejanza con los “semantemas” fundamentales de nuestro “principio natural”, entre los cuales se cuentan: *la naturaleza, la vida, la evolución, la finalidad*. (“La productividad llamada texto” 66)

Por supuesto que para los temas que nos ocupan el principio natural referido por Kristeva resulta de carácter negativo: no se trata del aspecto normalizado, acreditado y autorizado del discurso que se entiende natural en cuanto acuerdo civil de convivencia, es más bien la presentación del lado contrapuesto a la ley escrita de una sociedad, pero también a la moral, al buen juicio, dado que se presenta como su transgresión. Es decir, no se trata de lo más acorde a la convivencia animada por el mayor bien para todos, tampoco de lo estimado como correcto ni de las actuaciones que producen orgullo y admiración en el espacio latinoamericano en general. Pero, aun así y de todas formas, este “principio natural” responde a unos fundamentos y a una lógica que se explicitan democráticamente mediante la extraña paradoja de resultar reconocidos y accesibles: i) en los círculos y medios periodísticos, pues son su más regular materia de difusión; ii) y en las instituciones públicas o privadas ligadas a estos temas, ocupadas por ejemplo de los derechos humanos o de la administración de justicia. Una lógica que aspira a naturalizarse también cuando recorre los espacios del intercambio privado, por ejemplo, en la conversación con los amigos y familiares. Y se entrevista libremente con los ciudadanos en los espacios públicos al seguir presente en los mismos lugares de los sucesos: en la cuadra en donde hubo el desalojo, en la urbanización, en la ciudad que vio el nacimiento de estas historias y sus desarrollos. Lo que realmente

sorprende, entre otras cosas, es que estos temas, por más desagradables, indeseados, aborrecidos, enemistados, antagónicos o chiflados que resultan en el diario vivir, por más que muestran el negativo de “una semejanza con la ley de una sociedad dada en un momento dado y la encuadra en un presente histórico”, llámese *Latinoamérica* en sus últimas décadas del XX y ya a comienzos del siglo XXI, esos temas son la sustancia misma de la cual se nutre cierta memoria, y la sustancia reconocible, nombrable en las crónicas periodístico-literarias. De allí que Ángeles Mateo del Pino afirme que las crónicas de Pedro Lemebel

son fruto de la vivencia, observación y reflexión de la realidad chilena [...] que se metamorfosea y prolonga en el tiempo para devenir modernidad. Escritura íntima que indaga en la problemática social, rastreando para ello las huellas de un pasado que es a la vez personal y eco de la experiencia colectiva. De esta manera, el discurso de Pedro Lemebel es el registro de un escritor que bebe de las aguas de Mnemósine [...]. [...]

Lo que en verdad le interesa es la noticia que, tamizada y filtrada por la voz popular, convertida ahora en nueva versión, “analiza y reflexiona sobre el suceso en bruto”. En este sentido, su literatura, como en un proceso alquímico, funde y recicla el hecho cotidiano. Lo que era *vox populi* y corría de boca en boca queda atrapado en la escritura. Es por ello que al leer los textos de Pedro Lemebel se escuchan siempre voces de muchos otros que juguetean entre las líneas y vociferan entre las páginas. Siempre al acecho de una nueva noticia que los transporte a otra crónica, a un nuevo espacio, tal vez [sic] otro parque, otra esquina, otra *discoteque...*, los caminos de Santiago. (“Chile... o las crónicas de Pedro Lemebel” 21-22)

Es bien sabido que aquello que ocupa el interés personal, aquello que tiene que ver de alguna manera con nuestras vidas, lo vivido, es lo que capitalizamos en nuestra memoria y recordamos. Son dignos de la historia personal los hechos, seres, momentos y lugares con resonancias individuales. Y, al ampliar los márgenes de lo personal y de lo individual, memorables⁶ son para una comunidad los datos, rasgos, vivencias e intereses particulares

6 *Memorable* quizás no sea el mejor término para referir, a un mismo tiempo, la impresión psicológica o emocional causada por algo en alguien, y la marca singular que es huella y motivo de conversación, capaz de impresionar a quien escucha su relato como

que de un momento para otro forman parte de un relato común, como si se tratara de monumentos vivos de la ciudad, la urbanización, el barrio o la comunidad que también habitan imaginariamente. Ello queda demostrado en alto grado con cada nuevo terremoto, cada nueva tragedia o cada vivencia experimentada por varios o muchos seres humanos, al erigirse en emblemas las experiencias y los relatos personales de esos acontecimientos compartidos. No importa si esos sucesos tuvieron carácter negativo o positivo, si representaron un drama o un placer, lo que realmente prevalece de ellos es su correspondencia con la experiencia de otros, de muchos otros, su trascendencia para varios, y para nuestra propia vida. El relato compartido, vivido, construido, padecido o disfrutado con otros seres humanos es el que finalmente se torna importante para un gran número de personas. En ese tipo de narraciones se encuentra la fuerza de algo trascendente que la historiografía de finales del siglo XX no dejó pasar. “[S]aber conceptualizar todas las pequeñas percepciones que integran el ámbito de las vivencias” (*Cómo se escribe la historia... 27*), señalaba en la década de los setenta el arqueólogo e historiador francés, Paul Veyne, es parte de las tareas que deben ocupar a quien algo quiera hacer como historiador, esos pequeños relatos constituyen *un hecho social total* (27).⁷

Una de las relaciones entre la historia como discurso y las crónicas como enunciados literarios se establece en este punto de encuentro temático. Los textos de crónicas resultan verosímiles en la medida en que se integran al movimiento impuesto por cierto conjunto temático que forma

impresionó al relator. La cosa o el suceso que impresionó continúa como impresión: marca y alarma o marca y regocijo.

- 7 Veyne muestra como ejemplo “*el Journal d’un bourgeois de Paris*, fechado en marzo de 1914 [en donde] pueden leerse páginas tan idiosincrásicas, que pueden considerarse como la alegoría misma de la historia universal: ‘En esa época, los niños cantaban al atardecer, cuando iban a buscar el vino o la mostaza: *Votre c.n. a la toux, commère, / Votre c.n. a la toux, la toux.* / (Comadre, cómo te tose el c. / El c. cómo te tose y tose.). / En efecto, plugo a Dios que se abatiese sobre el mundo un mal aire corrompido que hizo que más de cien mil personas en París dejaran de beber, de comer y de dormir. La enfermedad producía una tos tan fuerte, que ya no se cantaba en las misas mayores. Nadie moría de ella, pero era muy difícil curarse.’ [...] estas pocas líneas [dice Veyne] constituyen un ‘hecho social total’ digno de Mauss. Quien haya leído a Pierre Goubert reconocerá en ellas el estado demográfico normal de las poblaciones preindustriales, en las que con frecuencia las endemias veraniegas eran seguidas por epidemias de las que se asombraban de no morir, y que se aceptaban con la misma resignación que tenemos ahora ante los accidentes de carretera, aun cuando aquellas causaran muchas más muertes” (*Cómo se escribe la historia... 27*).

parte de la verdad escrutada por la historia. Las crónicas se sitúan en relación de similitud o de identidad temática con un quehacer natural, un modo de vida social natural, por empíricamente sustanciado, por real, por existente –de las últimas décadas del siglo XX en países como Venezuela y Puerto Rico, pero también México y Chile– que la historia y la historiografía asumen como parte de su objeto, y las ciencias sociales en general toman como propios. Esos temas son elementos que se asocian a los dominios de estas disciplinas y generan enunciados diversos desde donde es posible interpretarlos, comprenderlos o anunciarlos, mediante categorías,⁸ como el nuevo cliente que espera su turno a la mesa (la corrupción como institución, por solo nombrar un caso entre otros, aguarda por una larga visita a las páginas de nuestras historias). Pero, mientras la literatura parte y propone un sin-tiempo o un tiempo que siempre puede ser re-actualizado con la lectura; la historia, y quizás también las ciencias sociales, procede a ubicar cada tema en la temporalidad que (se pretende) lo vio emerger. Estas elecciones temáticas son también compartidas por el discurso periodístico y constituyen el elemento indispensable que hace de ciertos acontecimientos –a los que Veyne llamaría paradójicamente no-acontecimentales para distinguirlos de aquellos sucesos consagrados en la historia de los tratados y batallas–⁹ lucrativos sucesos del presente, eventos noticiosos.

8 Por ejemplo, Rossana Reguillo Cruz, desde el discurso de la sociología, toma el miedo como objeto de su investigación y realiza entre otras observaciones la siguiente, que muestra para nuestros propósitos algunas de las distintas maneras de abordar un tema, partiendo, según la disciplina o la institución adoptada, de una común experiencia cotidiana de la vida. En el caso de la autora, esa experiencia es el miedo que los seres humanos sienten. Reguillo Cruz señala: “Ahí, donde la psiquiatría o el psicoanálisis, ahí donde el consejo carismático y la fe, donde las instituciones balbucean intentos de respuesta, donde la tecnología no logra anular los efectos de los rayos del sol sobre las alas de Ícaro, y donde la ingeniería política se muestra incapaz, más allá del discurso, de traer un mundo más humano y más justo; ahí, en ese territorio, escenario de las desapariciones y del vértigo, toma fuerza el miedo y de manera paradójica, también la esperanza. / Un miedo, como diría Jean Delumeau ‘liberado de su vergüenza’ y una esperanza sin programa” (“La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas” 187). Asimismo señala que se puede “reconocer una constante biológica –el miedo como respuesta al riesgo–, no se agota en ella. Lo que aquí importa discutir son las dimensiones socioculturales que intervienen en el proceso. Para ello es importante señalar que el miedo es siempre una experiencia *individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida*” (189).

9 Señala Veyne que “Los acontecimientos no son cosas ni objetos consistentes ni sustancias, sino un fragmento libremente desgajado de la realidad [...]. Aunque esta verdad es muy simple, no

Así que, uno: los relatos que encontramos en los textos de crónicas periodístico-literarias se ocupan de temas semejantes a los “naturales”, guardan en el sentido referido por Julia Kristeva “una semejanza con la ley de una sociedad dada en un momento dado y la encuadran en un presente histórico” (“La productividad llamada texto” 66); dos: el discurso de la historia, y el de las ciencias sociales en general, hacen de esos temas las sustancias de sus interpretaciones y de sus relatos; y tres: el periodismo a título de lo que bien podríamos llamar soportes de *sobrevivencia discursiva*, llena sus páginas con sucesos temáticamente iguales o dentro del campo de este discurso natural, porque, digámoslo de una vez, sin ellos sucumbe. La verosimilitud semántica producto de esos temas semejantes a los naturales es uno de los centros de atracción de las crónicas periodístico-literarias, y uno de los tipos de visaje que postula para ser reconocida como enunciado que remite al discurso de la historia, de las ciencias sociales, en el grado y velocidad que permite el periodismo.

La Venezuela de los relatos posibles: esa cierta base actual por donde pasa la vida de todos los días

En la ciudad de Caracas del año 2000, un cronista anuncia lo que para los venezolanos representa estar a la hora y cómo estiman ellos el tiempo de los otros. Este tópico los distingue del resto de los ciudadanos del mundo cuando de citas, encuentros, presentación de libros, inauguración de eventos y hasta de alocuciones del presidente de ese entonces se trata. Llegar tarde es la norma (media hora, hasta 45 minutos) o tomarse más del tiempo acordado, debido, programado, esperado, al hablarle al país sin límites de tiempo, por ejemplo, desde la silla presidencial. El venezolano cumple con *disciplinado retraso*, es religioso *respecto a los lapsos de demora* nos dirá el cronista en “A tiempo” de Pablo Antillano. Entre tanto, según nos informa otra de sus crónicas titulada “El ocaso de las noticias”, en uno de los típicos kioscos venezolanos o puestos de periódicos, que

se nos ha hecho familiar hasta finales del siglo pasado y su descubrimiento ha producido una considerable conmoción. De ahí que se haya hablado de subjetivismo, de descomposición del objeto histórico. Todo esto explica que, hasta el siglo XIX, la historia, de una gran estrechez de miras, se limitara a los acontecimientos; había una Historia con mayúscula, sobre todo política, y existían unos acontecimientos ‘consagrados’. La historia no acontecimental fue una especie de telescopio que, al descubrirnos en el cielo millones de estrellas distintas de las que conocían los astrónomos antiguos, nos harían comprender que la división del cielo en constelaciones era subjetiva” (*Cómo se escribe la historia...* 37-38).

entre otras cosas venden caramelos, chocolates y cigarrillos, ubicado en una caraqueña esquina de la urbanización San Bernardino; un grupo de vecinos busca dar respuesta a la pregunta interpuesta por la vendedora un domingo de enero del 2000: “¿Ustedes saben por qué los periódicos están tan flaquitos?” (47). Luego de sortear varias posibles razones que pasan por verbalizarse en un debido a que los “inventarios de papel se habían mojado en el puerto de La Guaira”, o un “¡Están ahorrando papel!”, o un analítico “enero es un mes flojo en publicidad” (47), los parroquianos llegan a escuchar la respuesta de Doménica, la vendedora del kiosco, que se sintetiza en un: porque los periodistas en Venezuela ahora están trabajando solo durante el día y no toman en cuenta lo que sucede en las noches. Para colmo –señala la misma vendedora– durante el día “lo que hay es gente declarando”, “gente diciendo embustes: que si voy a hacer esto, que si voy a hacer lo otro. Que si esto está bien, que si aquello está mal. Que hay que hacerlo así, que hay que hacerlo asá...” (49).

Ahora bien, si Thomas G. Pavel, al hablar de los mundos ficción, señala que

Algunos universos [...] pueden ser radicalmente indescritibles en el sentido en que tal como se le aparecen a sus pobladores es imposible dar cuenta de ellos con un lenguaje existente o imaginable [...] [como lo es el caso más paradigmático del] universo que contiene un Dios sobre el cual no se puede hablar adecuadamente [...] universo al que se refieren las diversas tendencias de la teología mística y negativa.¹⁰ (*Mundos de ficción* 70)

El hecho es que los pasajes y argumentos de las crónicas “A tiempo” y “El ocaso de las noticias” de Pablo Antillano son parte de cierto conjunto de enunciados que conforman mundos alternos al mundo actual, cuyos seres y estados de cosas, parafraseando a Pavel, pertenecen a un universo sobre el cual sí es posible a sus pobladores hablar de forma adecuada (*Mundos de ficción* 70). Vale decir, de manera lógica, gracias en primer lugar a proposiciones verdaderas dentro de esos mundos. Pero también porque se trata de mundos que, como discursos –en nuestro caso el de

¹⁰ Al respecto, Pavel nos ofrece la siguiente reflexión, “Si Dios es tal que ningún atributo se le adecúa y si, como afirman los teólogos, es verdad tanto que Dios existe como que no existe, entonces, desde una perspectiva interna, el universo estructurado en torno a Dios es radicalmente indescritible hasta su meollo” (*Mundos de ficción* 70).

las crónicas periodístico-literarias venezolanas– aluden a una cierta base o estado de cosas que pertenece al mundo actual.

Este mundo actual nos remite al mundo real de lo que pasa todos los días. De la cotidianidad entendida en los términos que aporta Humberto Giannini desde el ámbito de la discusión filosófica, del ciclo cotidiano concebido como el “trayecto rotatorio global por el que pasa la vida de todos los días” (*La “reflexión” cotidiana* 22), topográficamente fundamentado en tres ejes o lugares básicos: el domicilio, la calle y el trabajo. Es decir, cotidiano es el trayecto que se inicia a diario con la salida que cada ciudadano hace del domicilio a la calle para llegar al trabajo y, nuevamente, toma, prosigue, reemprende con el propósito de retornar al punto de partida, al domicilio.

Se trata, en todo caso, también de un ciclo rutinario: i) en el sentido de estar fundado en la existencia de una ruta, calle, vía, camino o dirección que puede seguirse o abordarse; ii) y de ser esta ruta el lugar que cumple, simultáneamente y en otro sentido, con el *oficio cotidiano* por todos compartido de *comunicar* de forma siempre reiterativa los lugares del domicilio y del trabajo en sus trayectorias rotatorias. La calle es el lugar que permite la conexión entre esos dos espacios que particularizan la rutina de cada individuo.¹¹

En mi opinión, el domicilio, la calle y el trabajo adquieren en las crónicas resonancias importantes a la hora de constituirse en geografías, en marcos o escenarios por los cuales, y en donde tienen ocasión, esos temas que abarcan seres y estados de cosas posibles que, según decía hace unos momentos, también remiten a la noción filosófica de cotidianidad ofrecida por Humberto Giannini. Esa noción permite dar cuenta de las crónicas, como “un modo de ser de un ser que, viviendo, se reitera silenciosamente y día a día ahonda en sí mismo” (Giannini, *La “reflexión” cotidiana* 19), tanto para los narradores y personajes de dichos textos como para quienes

11 “[E]s significativo, [...], [señala Giannini] que el término ‘rutina’ provenga de ‘ruta’, y tal vez de ‘rueda’, esto es, del medio que hace posible la circulación; la circulación del tiempo cotidiano, en este caso. / Pues, esencialmente, la ruta, la calle, es eso: medio de circulación. En su oficio básico es la ruta por la que regresa todos los días Immanuel Kant de su domicilio o por la que se dirige a la Biblioteca Municipal de Königsber [sic]. O la ruta que hace el campesino rumbo al mercado del pueblo o el escolar rumbo a su escuelita rural. La calle cumple así el oficio cotidiano de comunicar estos extremos: el lugar del ser para sí (domicilio) con el lugar del ser para los otros (trabajo). Propiamente hablando, es el medio primario, elemental de la comunicación ciudadana” (*La “reflexión” cotidiana... 29*).

asumen las crónicas como cita de escritura y/o de lectura. Ese modo de ser alude a una cierta base presente, a un cierto estado de cosas que pertenece al mundo actual.¹² La noción de ciclo cotidiano es fundamental para describir y comprender de qué modo participan el domicilio, el trabajo y la calle en los relatos de las crónicas, y, sobre todo, de qué maneras su trastrocamiento es expuesto como parte de las cosas deparadas, día a día, de forma reiterada en los mundos de los textos. Ese trastrocamiento o más bien desvío del ciclo rutinario de los personajes y/o de los narradores, compartido en alta medida por sus primeros lectores, es el objeto y la urgencia de la cual no pueden dejar de hablar las crónicas periodístico-literarias venezolanas de finales del siglo XX.

Universales reales

“Si la función de ‘sentido’ del discurso es una función de semejanza más allá de la diferencia, de ‘identidad’ y de ‘presencia ante sí’ como lo mostró la admirable lectura de Husserl hecha por Derrida, se podría decir que lo *verosímil* (el discurso ‘literario’) es un *segundo grado* de la relación simbólica de semejanza. Dado que el querer-decir (husserliano) es el querer-decir-la *verdad*, la verdad sería un discurso que se asemeja a lo real; lo *verosímil*, sin ser verdadero, sería el discurso que se asemeja al discurso que se asemeja a lo real. Siendo una ‘realidad’ desajustada, que llega incluso a perder el primer grado de similitud (discurso-realidad) para jugarse sólo al segundo (discurso-discurso), lo verosímil no tiene más que una sola característica constante: *quiere decir*, es un sentido”

JULIA KRISTEVA. *LA PRODUCTIVIDAD LLAMADA TEXTO*

De estos distintos lugares y temporalidades referidos a los individuos –la calle como espacio y tiempo que permite conectar por un lado con el domicilio, lugar del tiempo para sí, y por otra parte con el trabajo, lugar del tiempo para los otros– disponen las crónicas para dar cuenta, como hemos visto, de algunas distintas maneras del suceder en el escenario textual de los mundos con ellas promovidos. Esas maneras, esas distintas arquitecturas del suceder afectan la cotidianidad de los personajes y del narrador en términos que, digamos ahora, remiten extratextualmente a *universales* reales. Más allá de si, tal como lo ilustra Lumobir Doležel

12 En las secciones: “El domicilio”, “El trabajo” y “La calle” de *Textos con salvoconductos* describo en extenso ese modo de ser.

en sus reflexiones sobre los mundos ficcionales de la literatura, por ejemplo, *algunos* personajes, acontecimientos y lugares, son o no recibidos por los lectores como “prototipos reales”, en el estricto sentido de exactos, particulares, que pueden encontrarse, ser identificados, directamente en el mundo real.¹³

Desde nuestro punto de vista, los universales reales son el resultado de la correspondencia identificada por los lectores entre esos ciertos aspectos de las historias narradas por las crónicas –específicamente, insistimos, en su discurrir por el circuito domicilio-trabajo-domicilio que la calle hace viable– y “ciertos sistemas interpretativos de la realidad” (sistemas, no prototipos reales) que hacen posible categorizar aquellos (esos ciertos aspectos de las historias narradas, ese ciclo cotidiano) como representaciones del universo real extratextual (tipos psicológicos, grupos sociales, condiciones existenciales o históricas, diría Doležel), a consecuencia, entonces, de eso que el mismo Lumobir Doležel advierte, en “Mímesis y mundos posibles”, como “La [previa y continuada] imposibilidad de descubrir *un particular real detrás de cada representación*” (71) (mi énfasis).

La cotidianidad como ciclo rutinario al interior de los textos de crónicas (mundos ficcionales acaso por todo lo anterior)¹⁴ aspira, de cara a

¹³ Doležel señala en su artículo titulado “Mímesis y mundos posibles” que “La semántica mimética ‘funciona’ si un prototipo particular de la entidad ficcional puede encontrarse en el mundo real (El Napoleón de Tolstoy-Napoleón histórico, un relato ficcional-un acontecimiento real)”. Y agrega que “La verdadera prueba de fuego para esta semántica se produce cuando no solo no sabemos cuál es el prototipo real, sino que, y esto es más importante, ni siquiera sabemos dónde buscarlo. ¿Dónde están los individuos reales representados por Hamlet, Julien Sorel, Raskolnikov? Obviamente sería absurdo afirmar que, pongamos por caso, el Raskolnikov ficcional es una representación de un joven auténtico que vivía en San Petersburgo a mediados del siglo XIX. Ninguna investigación histórica, por meticulosa que fuese, daría con tal individuo” (pássim 71).

¹⁴ Como parte de la recepción o de las lecturas que estos textos son capaces de suscitar en sus lectores (tomando en cuenta lo sugerido por Doležel desde el campo de la teoría de la ficción literaria que destacáramos en el párrafo precedente). Es decir, porque independientemente de si *algunos*: personajes, acontecimientos y lugares, son o no recibidos por los lectores como “prototipos reales”, dichas crónicas podrían ser reconocidas (leídas) como mundos ficcionales. Ahora bien, profundizando un poco más en ese carácter independiente de la referencia o de las coincidencias exactas con la realidad propia de los mundos ficcionales, nos gustaría agregar en este momento una caracterización que extrema la de Doležel: “Por *ficción* se entiende la capacidad de *representación* en la que lo representado [asegura Demetrio Estébanez Calderón citando a J. M. Pozuelo] *sólo existe como ‘experiencia imaginaria de seres inexistentes’*” (*Diccionario de términos literarios* 411; mi énfasis). Claro, seres que no existen en la

los lectores, a referirse a universales reales, porque, tal como funciona la semántica mimética, no se descubren particulares reales inmediatos para esa cotidianidad y para ese ciclo rutinario, y en cambio sí se hallan categorías universales que permiten interpretarlos, comprenderlos, reconocerlos extratextualmente como en efecto nos parece que en las últimas secciones de cierta forma ya hemos hecho, interpretando esa cotidianidad, ese ciclo de todos los días.

Dos crónicas de Milagros Socorro, “El periodismo como género literario” y “Escenas del Cafetal”, quizás nos permitan atender más de cerca –a partir de los personajes, los acontecimientos y los lugares, independientemente de su tentativo carácter ficcional– estas afirmaciones que en realidad alcanzan a todo el conjunto de las crónicas periodístico-literarias de esta autora, compiladas en su libro *Criaturas verbales*. Pero antes habría que precisar que se trata, en general, de un fenómeno que resulta extensivo a la producción de crónicas de autores como Antillano, Cabrujas, Dahbar, Duque, Fihman, Herrera, Hippolyte Ortega y Lerner, al menos en ese espesor, en esa magnitud, en ese finito almacigo que aquí nos ocupa.

En “El periodismo como género literario”, luego de advertirse en cursivas que el texto a continuación es una selección de notas leídas ante el público del foro organizado en 1997 por la revista venezolana *Imagen*, nos encontramos con la voz de la cronista refiriendo que últimamente le ha dado por mirar su cara en los espejos, por auscultar su rostro ante ellos, para decir de sí todas las mujeres que es (por “raza”, por “religión”, en ambos casos en rebeldía hacia la asumida pureza de esas dos maneras de encerrar, enclaustrar, o crear sumisión y vasallaje hacia la mujer) y concluir, ante el o los lectores virtuales de la crónica (pero también ante aquellos asistentes al foro) que, para ella, “queda sólo ésta que ven, acontecida” (12). Esos otros rostros que ha podido reconocer se corresponden con mujeres que “persigue” (11) en su propia cara (ojos, nariz, boca, frente, cejas, piel, bozo), como los rasgos de cada una de sus abuelas: isleña, sefardí, mora, yucpa, barí o motilona, mulata criolla, cimarrona esclava, maneras

realidad, seres que pasan precisamente de la no existencia a la existencia, ficcional, “por un acto de habla literario oportunamente emitido” señala Lubomir Doležel (“Mímesis y mundos posibles 90), como lo es el texto literario. La distancia entre la posición de Doležel y aquella expuesta por Estébanez Calderón se resuelve si advertimos que, en todo caso, como el mismo Doležel lo señala, “elaborar ficciones es un juego de existencia posible” (“Mímesis y mundos posibles” 94).

todas de ser conversa, o de ser mestiza muchas veces, como “en el texto queda finalmente la escritura” (12) bajo el género de la crónica, según lo afirma la misma narradora.

En “Escenas del Cafetal”, otro día, esta vez camino al automercado, la mirada de la cronista escudriña la esquina en donde “se ha parapetado un zapatero remendón” (38) con su microempresa de reparación de calzados y, a partir de allí, reflexiona sobre la ansiedad de sobrevivencia que recorre los rostros de los venezolanos debido a la inseguridad que han desatado los robos, homicidios y secuestros a que están expuestos todos ellos, a diario, al ir por ejemplo a ese o cualquier otro automercado o al entrar a los estacionamientos. Pero también inseguridad porque cada día la pobreza, la generalizada falta de recursos, desnuda a cada transeúnte en la calle venezolana, ante “la vista de todos en una esquina concurrida” (39), como desnudos están en la imagen que “impacta” (38) a la cronista, los pies de la muchacha treintañera a quien el zapatero en ese momento le repara el zapato, allí, a plena luz del día en la calle, “descalza en medio del Cafetal, con la mirada perdida en la estación de servicio que está al frente” (38). Por este camino, rudamente apuesta la cronista para finalizar, “haremos lo mismo cuando proliferen los microempresarios que zurcen ropa interior [...] mientras sentimos la brisa jugar en el laberinto más privado, mecidos por la bullaranga de la mirada pública” (40).

Estos dos textos, “El periodismo como género literario” y “Escenas del Cafetal” de Milagros Socorro, permiten encontrarnos, grosso modo, bajo el siguiente despiece: ante *personajes* femeninos que de un lado miran detenidamente su rostro al espejo, pero también van a hacer sus compras, reparan su calzado, y espían lo que hacen los demás personajes; ante *acontecimientos* como el hecho familiar de darse cuenta de la más evidente –por exterior– herencia genética que define a uno de esos personajes femeninos, o el de cierto trayecto de historia universal que una mujer puede atisbar como marca personal a partir de ese indagar en su rostro, o la situación de encontrarse expuesta a la mirada pública, y la latente amenaza diaria a su seguridad física; esas dos crónicas también permiten encontrarnos ante los *lugares* en donde pueden mirarse al espejo o los sitios a los que acuden regularmente ese y los otros personajes femeninos, como puede serlo el automercado de El Cafetal o la esquina en donde está el zapatero que da con la estación de servicio al frente.

En conjunto, esos *personajes* (que no personas), *acontecimientos* y *lugares* conforman, al interior de las crónicas, ciertos objetos textuales

particulares (imaginarios o no) que bien pueden ser interpretados como representaciones singulares de entidades (personas, acontecimientos y lugares, ahora sí) del mundo actual; de la cronista, pongamos por caso, dado que muchos indicios en las crónicas apuestan –en primer orden– a relacionar esas representaciones con las correspondientes a la voz que narra, en cuya experiencia e historia de vida se juegue –como paso obligado, pero de segundo orden– con la suerte de ver coincidir a la narradora, autora real de las crónicas, Milagros Socorro. No obstante lo anterior, se hace necesario advertir sin dificultad que, más allá de ser esas entidades susceptibles a ser recibidas como representaciones singulares, si ese fuera el caso (tal es la sugerencia inicial de estas crónicas en su apego a la veracidad periodística), pues, también habría que consentirse, admitirse, que ese conjunto se presta a ser interpretado como un indiscutible universal real (gracias a “ciertos sistemas interpretativos de la realidad”, como la sociología, pero también por mediación de la historia venezolana, que hacen pertinente categorizarlo) por ejemplo, como relatos que dan cuenta de la mujer citadina y clase media en ciertas vicisitudes diarias peculiares de una ciudad venezolana, como la Caracas de finales del siglo XX.

El hecho es que crónicas como las de Milagros Socorro, pero también las escritas por Sergio Dahbar, como veremos enseguida, parten en general de un suceso que se corresponde con particulares reales:¹⁵ que la modelo Brigitte Nielsen vino a Caracas (según la crónica “Brigitte Nielsen. De lo que se perdió Rambo”); que un vigilante del edificio llamado por los caraqueños el *Cubo Negro* se suicidó (en “El guachimán que viajó al corazón de las tinieblas”); que el periodista venezolano Ezequiel Díaz Silva murió abandonado en un hospital y realmente obtuvo el Premio Nacional de Periodismo venezolano como lo menciona la crónica (en “*Ezequiel Díaz Silva*. Periodismo a punta de pistola”), son casos todos de crónicas de Sergio Dahbar que procuran concordar con lo sucedido, con aquello que fueron los hechos reales. Se les puede rastrear en las fuentes documentales

15 Por “particular” entendemos el concepto que Doležel, a su vez, reconoce como aportado por P. F. Strawson en “On Referring”. En nota a pie de página a su artículo, “Mimesis y mundos posibles”, Doležel observa lo siguiente: “El concepto de ‘particular’ fue especificado por Strawson. Un particular es una entidad que puede identificarse por ‘hechos individualizadores’ (o ‘descripciones lógicamente individualizadores’ [sic]), e.d., hechos (o descripciones) verdaderos para una y sola una entidad. El hecho individualizador básico de los cuerpos materiales es la localización espacio-temporal (Strawson, 1959 esp. 9-30)” (Doležel 71).

y, en ese sentido se postulan como textos que tienen la posibilidad de circular por un periódico, hablan o trabajan sobre un hecho que responde al quién, qué, dónde, cuándo, por qué, y cómo, que caracterizan el formato periodístico como información publicable en prensa, esa superficie primera en donde emergen nuestras crónicas periodístico-literarias. Lo cierto, entonces, funciona en ellas como lo que sucede y como lo sucedido, como verdad. Así también en su aspiración a ser interpretadas a través de su correspondencia con entidades reales.

Ahora bien, las crónicas no siempre son el relato de una historia realmente acaecida, de un hecho del todo verificable en la realidad, y aun así, en ellas la verosimilitud se continúa produciendo en atención a que se siguen por un diseño retórico que de muchas maneras responde a proposiciones temáticas y de sucesos que son verdaderos como alternativas del mundo real, es decir, posibles de acuerdo con la necesidad del mundo alternativo que constituyen las crónicas. No son el relato de acontecimientos sucedidos y sin embargo son posibles como una “trama fingida, o sea, una nueva congruencia en la disposición de los incidentes”, como señala Ricœur refiriéndose a la narrativa ficcional en general, son “lo nuevo –lo no dicho todavía, lo inédito– que surge en el lenguaje” como especie de innovación semántica, como cierta metáfora (*Tiempo y narración I...* 31).

Con tal suerte, en apariencia contradictoria, ciertas crónicas no alcanzan a hacerse corresponder directa y completamente con entidades particulares exteriores a ellas, pero tampoco parecen conformarse –como textos que son– con sus propias verosimilitudes de mundos posibles o alternos al mundo actual, visto que recurren a personajes, acontecimientos y lugares que remiten con diversas intensidades a la realidad. En otras palabras, visto que tienden a postular universales en su afuera, dominios posibles reales sustentados, principalmente, en la competencia del lector, en su saber relacionado con la experiencia cotidiana como pudimos observar en la sección anterior. Pero también sustentados, favorecidos, por el discurso de la historia y de las ciencias sociales cuando estos permiten interpretar a través de sus categorías de análisis y comprensión disciplinares, ese pasar de todos los días replicado por las crónicas como vivencia de sus personajes y del narrador.

En ese último sentido relativo al saber asistido por la historia y las ciencias sociales, en la mayoría de las crónicas de Sergio Dahbar nos encontramos con sucesos que aspiran a corresponderse con ciertos aspectos del discursar social real de los años ochenta venezolanos registrados en

el ámbito periodístico, mientras que también se dan cita sucesos de la vida política y pública desde Juan Vicente Gómez hasta los mismos años ochenta venezolanos en los textos de Elisa Lerner, y con parte de la vida pública que discurre en los restaurantes de la Caracas de los años ochenta en las crónicas de Ben Amí Fihman. Ciertamente se trata de un conjunto de sucesos en su mayoría relacionados con la vida de los habitantes de una ciudad capital como Caracas y de un país latinoamericano como Venezuela, en una extensión temporal del siglo veinte que parte de su segunda década y alcanza los años ochenta. No hablan de los acontecimientos de esa historia mayor relacionada con sucesos de grandes dimensiones, grandes cortes temporales, porque los ochenta narrados por algunos de estos autores, además, todavía no acariciaban los puntos altos, notables de esa historia como luego lo definió el año de 1989. No llegaban a la máxima manifestación del amplio relato histórico a que dio ocasión el día en que, *vox populi*, “los pobres bajaron de los cerros”,¹⁶ como luego sí lo hacen las crónicas de José Roberto Duque. A partir de ese momento, el lapso se amplía y alcanza los años 90 en los sucesos que se pueden descubrir, hacer corresponder, interpretar con universales reales relativos a la intencionalidad de golpe de Estado de la Venezuela del año 1992 en las crónicas de José Ignacio Cabrujas, en las contiendas electorales a la presidencia de la república que traban ciertas crónicas de Milagros Socorro, pero también en los sucesos relacionados con el aumento de la marginalidad, la pobreza y la inseguridad ciudadana, como lo hacen las crónicas de Earle Herrera para esos años 90 que ya se prefiguraban con las mismas constantes temáticas comunes a la mayoría de las crónicas de todos los autores anteriores, entre los cuales, se hace necesario enfatizar, destaca la producción de José Roberto Duque que recorre las difíciles calles de una ciudad de nombre Caracas, francamente desamparada. Universales reales a cuya correspondencia también parecen aspirar los textos de Nelson Hippolyte Ortega en una traza temporal que tiende a relacionar las intimidades de sus personajes con celebridades establecidas a partir de distintos momentos de la historia de Venezuela que incluyen, por cierto, la época de independencia grancolombiana.

16 Esta expresión fue a tal punto acertada para referirse a esa época, que pasó del caño popular al dominio académico. Véase, por ejemplo, el artículo de Susana Rotker “Crónica y cultura urbana: Caracas, la última década”, publicado en 1993 por *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias*.

Al hacer uso común del material reconocido como propio del saber de los discursos de la historia y de las demás ciencias sociales (mediante temas y marcos referenciales como la breve panorámica que acabamos de proyectar), bajo el amparo de las altamente estimadas fuentes de información que hacen de marco, de plataforma, a las producciones periodísticas, entonces, valga redundar en ello, se tienden a establecer vínculos con el lector que lo animan (no es para menos) a interpretar las crónicas a través de sus correspondencias con universales reales. Esta interpretación que se torna exitosa, efectiva, por otra parte, gracias al juego (fundamentado en la voz y autoridad del cronista bajo su, al menos, doble condición de narrador y comunicador social o analista de sucesos) que las autentifica como evidencias de cierta verdad propia del mundo real, como testimonios con respecto a los cuales ellas, las crónicas, son mundos alternos, vale decir, otras formas del suceder no nombradas hasta entonces específicamente en los ámbitos de la historia o de las ciencias sociales, en general.

De allí que incluso las crónicas puedan, como de hecho lo hacen, llegar a constituirse en material que le da cuerpo a compilaciones, a libros que las reúnen, como un efecto de autentificación, digamos, de segundo orden (luego de su emisión periodística), que bien puede permitirles su acceso de largo aliento a las diversas discusiones que se experimentan en los ámbitos de la historia y del resto de las ciencias sociales, a propósito de lo que Norbert Lechner llamó “la significación de la vida diaria en tanto *cara oculta* de la vida social” (*Los patios interiores* 57), materia privilegiada de nuestros textos de crónicas. Y de allí que igualmente sean propensas a acceder al discurso literario, bajo el visado de una operación interpretativa por parte del lector, semejante a la que se pliegan con naturalidad los mundos de ficción, a través de sus correspondencias con universales reales; pero también gracias al sello de entrada que le provee la “fuerza de autentificación” narrativa del cronista por ejemplo que, en los términos de Lumobir Doležel relativos al narrador tipo primera persona, tiene la autoridad de un experimentado, de un testigo, de “un mediador de información adquirida por otras fuentes” que facilita las conexiones, por parte del lector, entre “la narrativa literaria y la actuación narrativa *real*” (“Verdad y autenticidad en la narrativa” 114).

Me gustaría hacer un paréntesis en este punto. Sobre los mundos de ficción y sobre el proceso de autentificación que los pone a andar, el mismo Lubomir Doležel señala, en diálogo con las discusiones de J.L. Austin acerca de los actos de habla, que

La génesis de mundos ficcionales puede considerarse un caso extremo de cambio del mundo, un cambio de la no existencia a la existencia (ficcional). La particular fuerza ilocutiva de los actos de habla literarios que produce este cambio se llama fuerza de autenticación. Un estado de cosas posible y no realizado se convierte en un existente ficcional al ser autenticado por un acto de habla literario oportunamente emitido. Existir en la ficción significa existir como posible textualmente autenticado. (Doležel “Mundos” 90)

Desde nuestro punto de vista, la recepción de las crónicas por parte de sus lectores puede completar el circuito de ese “acto de habla oportunamente emitido” al validarlas, vía recepción precisamente, como emisión de una cierta posibilidad de mundo alterno al real. Lógicamente, emisión y recepción van de la mano. Así, la recepción al menos también valida o reconoce la(s) crónica(s) como “acto(s) de habla oportunamente emitido(s)” a través de aquellos primeros lectores que decidieron vía imprenta, vía editoriales, aceptar las compilaciones como conjuntos de textos que pueden ser recibidos por otros lectores, por otros nuevos lectores. Incluso, en este sentido de recepción de las crónicas en su posibilidad (no ficcional o ficcional) de mundo alterno al real, tenemos como ejemplo a *Sangre, dioses, mudanza*, de Sergio Dahbar, exponente o modelo más que simple ejemplo, porque ha sido al menos tres veces “un acto de habla oportunamente emitido” y validado por la recepción: “mudanza” de un acto de habla a otro y de una recepción. Primero, cuando cada texto que integra esa compilación fue publicado en la “prensa escrita”, en el diario *El Nacional* (1982-1989). Luego, al ser efectivamente reunidos en la edición de *Sangre, dioses, mudanzas*, ganadora del Premio Hogueras 1989. Y, finalmente, por tercera vez, en una segunda edición (2003) que incursiona en la borradura de aspectos relacionados con su original filiación periodística, fundamento o punto de partida, entendemos, de los dos anteriores momentos de difusión para ahora enfatizar en sus estrategias o semblanza literaria.¹⁷ Un fenómeno semejante al de los textos de Dahbar ocurrió con

17 La recepción de las crónicas de Dahbar (también de Antillano, Cabrujas, Duque, Fihman, Herrera, Hippolyte Ortega, Lerner y Socorro) las ha llevado del impreso, en donde inicialmente eran uno más de los textos del heterogéneo conjunto propio de esas páginas del discurso periodístico, a constituirse en cuerpo exclusivo del formato del libro. Y, si bien la prensa es parte de la documentación que sirve a la historia y al

una selección de las crónicas reunidas en el libro de José Ignacio Cabrujas, *El país según Cabrujas* (1992), primeramente publicadas en la prensa (1991-1992), pasaron a estar también incluidas en un tercer libro, *El mundo según Cabrujas* (2009). Las crónicas de Ben Amí Fihman inicialmente aparecieron en *El Nacional* (1982-1989), un grupo de estas fueron publicadas en *Los cuadernos de la gula* (1983), y varios años luego aparecieron en *Boca hay una sola* (2006) junto a otro grupo mayor pero también de la misma época de sus inicios en la columna del periódico.

Ahora bien, cerrado el paréntesis anterior y volviendo a los universales reales a los cuales parecen querer remitir las crónicas, habría que decir que ellos también son tales universales en el sentido de verosímiles factibles y/o necesarios, es decir, como parte de una (la universal-verosímil) de las dos caracterizaciones (universal-verosímil vs. singular-verosímil) ofrecida por Aristóteles para distinguir poesía (literatura) como discurso posible (universal), de historia como discurso (singular) que solo da cuenta de lo sucedido, de lo pasado (de lo verosímil necesario, por cierto), como lo hemos advertido al comienzo de este artículo,¹⁸ y a lo que elocuentemente nos permite regresar de nuevo Thomas G. Pavel al señalar que,

resto de las ciencias sociales, nos parece sobreentendido que el libro aspira a formar parte de un tipo de saber no aleatorio (no más circunstancial alimento proveniente de la prensa), sino de un tipo de saber que le ofrece, por libro, una promoción a las crónicas al campo de las permanencias, al campo de las discusiones en donde ellas ya no son únicamente objeto de conocimiento de otros saberes porque constituyen, más bien, la práctica discursiva de un saber, singular. No más documento para la exclusiva avidez de ejemplos que caracteriza a las ciencias sociales, pero sí, en cambio, nuevo elemento de diálogo con esas y otras disciplinas. Esos y otros discursos. Dentro o fuera de ellos.

18 De acuerdo con la traducción de Juan David García Bacca, Aristóteles aseguraba en su *Poética* que, “*la poesía es más empresa filosófica y esforzada empresa que la historia*, ya que la poesía trata sobre todo de lo universal, y la historia, por el contrario, de lo singular. Y hállese *en universal* cuando se dice qué cosas verosímiles o necesariamente dirá o hará tal o cual, meta que apunta la poesía, tras lo cual impone nombres a personas; y *en singular*, cuando se dice qué hizo o le pasó a Alcibíades” (Trad. García Bacca IX). En palabras de Cappelletti, el pasaje anterior sería, “Por eso, la poesía es algo más filosófico y serio que la historia; la una se refiere a lo universal; la otra, a lo particular. / Lo universal es lo que corresponde decir o hacer a cierta clase de hombre, de modo probable o necesario. De allí parte la poesía, al atribuir nombres [a los personajes]. Lo particular es lo que hizo o padeció Alcibíades (*Poética* 1451b).

Aristóteles sostiene que “no es asunto del poeta decir lo que pasó, sino contar *el tipo de cosas que podrían pasar* –lo posible según la posibilidad y la necesidad” (*Poética* IX.1). Dicho de otra manera, el poeta debe ofrecer o bien *proposiciones verdaderas para toda alternativa* del mundo real (las cosas posibles según la necesidad) o bien *proposiciones verdaderas al menos en un mundo alterno* al mundo actual (las cosas posibles según la probabilidad). Aún más, como señala Aristóteles, los poetas trágicos “se ocupan de personas reales [singulares]”. Cuando Shakespeare escribe la tragedia de Julio César, usa personajes que pertenecen al mundo real. Entonces ¿no resulta natural pensar que si ocurre que Sherlock Holmes no existió [“persona no real”], debido a un desagradable accidente histórico, hubiera existido en otro estado de cosas? (*Mundos de ficción* 62-63; mi énfasis, mis corchetes)

Pero el caso es que también las crónicas aportan lo singular al citar algunos de los actores reales, particulares, con sus nombres y apellidos, los hechos como ocurrieron, y los lugares en donde tuvieron ocasión esos sucesos. Al menos a eso apuestan, y en ello, de la mano con su sensibilidad a interpretaciones del tipo universales reales, podemos encontrar otra de las posibles razones por las cuales son textos con salvoconducto entre ciertos discursos sobre el saber y ciertos discursos de la ficción, otra de las razones por las cuales juegan a ser un discurso que quiere decir la verdad, como el de las ciencias sociales y el periodismo (con su apego a las singularidades tal como lo advierte Aristóteles al citar la historia), al mismo tiempo que juegan a ser un discurso (susceptible de ser interpretado a partir de su apertura a lo universal aristotélico) que simula querer decir la verdad, como todo discurso de segundo orden, es decir, como todo texto literario (según afirmaría Julia Kristeva en “La productividad llamada texto” [65-66]). Así, la relación de la crónica periodístico-literaria con el referente no sería final y exclusivamente la del discurso sobre la realidad (que, en virtud de tal vínculo, se propone querer decir la verdad), sino también la relación del discurso con otro discurso, la del signo con otro signo, la del texto que simula otro discurso en su formulación de la verdad.

De allí que, por ejemplo, cuando se habla del domicilio en las crónicas también nos encontremos con que de este llaman la atención no los hechos que individualizan ese domicilio en el sentido de producir un distanciamiento en el lector, de alejarlo debido a que ese domicilio en particular, el que tiene por caso identificar, no se corresponde directamente

con un exacto real; más bien interesan los hechos que universalizan esa cierta cotidianidad como parte del suceder de todos, dentro de los cuales puede verse el lector real sin tener por cierto que identificar un domicilio singular ni tampoco excluirlo de esa factible identificación, dado el caso de hallarla. Sin embargo, resultan interesantes las restricciones a que están expuestos esos hechos. La crónica (“El periodismo como género”) o “las notas” que presenta Milagros Socorro para hablar del sí misma de la narradora, por ejemplo, para reflexionar sobre el sí de la cronista al comienzo de su libro, *Criaturas verbales*, es una textualidad que participa de los dos fenómenos, tanto del singular como del universal. A “un como si” el singular llevara al universal: es lo que la narradora cuenta de sí, lo que dice de sí ante el público de un foro –en el aniversario de la revista *Imagen*– que luego presenta o edita como parte de uno de los textos de crónicas, específicamente, como el primer texto de su libro. En ese texto, la cronista emplea un referirse a sí misma, y quien conoce a la autora podría decir que *sí*, que *ese personaje descrito bien podría ser ella*, Milagros Socorro, pero también en ese referirse emplea datos que son del saber público no estrictamente personal, que pertenecen a todos, que son conocidos a través del discurso de la historia entendida como historia general, venezolana, por ejemplo. Y también emplea datos que resultan de la experiencia común, más amplia, de la opinión pública, aquella en donde los hechos, por otra parte, hacen referencia a los temas que ocupan al periodismo, precisamente en el sentido de ser temas a los que muchos efectivamente tienen acceso (la relación política-ciudadano, la discriminación social, pero también la segregación por razones de género, entre otros asuntos). Parece que, en todo caso, se parte a la hora del relato que las crónicas emprenden, entonces, de un hecho individual que sirve como elemento de diálogo, como fundamento de consenso entre los discursos de la historia y el periodismo, prestos a la representación ficcional.

Se podría concluir que los textos de crónicas juegan a entrar y salir de esos tres ámbitos textuales, en su presente (suceso de hoy), en su pasado (hecho anterior, lo que sucedió, lo que pasó), pero también en su futuro (como lo posible, lo que puede suceder). Es decir, el juego de lo verosímil como opinión (que, mientras el periodismo lo da a conocer, contribuye a la matriz de opinión; la historia, lo canoniza, lo hace memoria activa; y la literatura, juega a su posible, juega a que está dentro de lo que podría ser), pero también de lo verosímil necesario (necesidad de un juego con los universales reales en referencias a personas, lugares, e incluso tiempos).

Voluntad de saber

“Es porque el texto *realizado* se opone explícitamente o –es el caso general– implícitamente a otros que no lo están, que son excluidos por la constitución del texto que *se hace* (no se trata de génesis ya que el texto sigue ‘haciéndose’ mucho después de su conclusión material)”

GÉRARD GENETTE. “LA ESCRITURA LIBERADORA:
LO VEROSÍMIL EN LA JERUSALÉN LIBERADA DEL TASSO”

“Es indudable que los discursos están formados por signos; pero lo que hacen es más que utilizar esos signos para indicar cosas. Es ese *más* lo que los vuelve irreducibles a la lengua y a la palabra. Es ese ‘más’ lo que hay que revelar y hay que describir”
MICHEL FOUCAULT. *LA ARQUEOLOGÍA DEL SABER*

La voluntad de saber, es decir, el deseo y poder del conocimiento que permite estar en la verdad¹⁹ de los tres grandes discursos de la historia (las ciencias sociales), el periodismo y la literatura, residiría para las crónicas en que, uno: hablan de temas escrutados por las ciencias sociales incluyendo a la historia y al periodismo, temas de la cotidianidad como ciclo rutinario; dos: a través de representativas ocurrencias que ejemplifican caso a caso mundos posibles integrados por personajes, acontecimientos y lugares alternos –en principio– al mundo actual del tiempo de la publi-

19 Y estar en la verdad de una práctica discursiva quiere decir, parafraseando *salvajemente* a Michel Foucault, manejarse en los términos de un dominio de proposiciones que están condicionadas por un plan de objetos, un conjunto de instrumentos conceptuales o técnicos bien definidos y por su inscripción en un horizonte teórico. Estas reglas, estas condiciones, permiten rechazar toda otra proposición exterior al discurso, lo mismo que decidir cuáles en su interior son verdaderas y cuáles falsas o erradas. Así, ilustra Foucault: “Mendel decía la verdad, pero no estaba ‘en la verdad’ del discurso biológico de su época: no estaba según la regla que se formaban de los objetos y de los conceptos biológicos, fue necesario todo un cambio de escala, el despliegue de un nuevo plan de objetos en la biología para que Mendel entrase en la verdad y para que sus proposiciones aparecieran entonces (en una buena parte) exactas. Mendel era un monstruo verdadero, lo que producía que la ciencia no pudiese hablar; sin embargo, Schleiden, por ejemplo, una treintena de años antes, al negar en pleno siglo XIX la sexualidad vegetal, pero según las reglas del discurso biológico, no formulaba más que un error de disciplina” (*El orden del discurso* 31).

cación de las crónicas, y no necesariamente antes nombrados o conocidos en aquel primero; y tres: esos temas conforman el dominio de los objetos discursivos de las crónicas periodístico-literarias, por ejemplo el de las venezolanas de finales del siglo XX, cuya emergencia solo parece posible si exhiben el desvío, el extravío a que está sujeta la cotidianidad en esos mundos posibles.

Así, la voluntad de saber en las crónicas es al mismo tiempo voluntad de verdad que en lugar de excluir aquellos casos particulares, aquellas singularidades de *personajes, acontecimientos y lugares*, los toma para sí y con ello los dota de realidad, los hace reconocibles, nombrables. Hacerlos reales es permitirles ser escuchados, no más excluidos, como decir *sí existen, sí suceden*. Y que, mientras devienen con existencia, mientras surgen reales, puedan producir otro efecto en quien los escucha (ya no solo “saber que sí”, “reconocer que sí” se dan, sí son realizables) sino que además puedan (acaso los lectores reales de las crónicas) cambiar a propósito de ellos y por ellos, incluso si ese mundo alterno es un mundo de ficción.²⁰

Con tales efectos y consecuencias, los asuntos abordados por las crónicas no parecen perseguir la sencilla o abstracta información estadística, sino un más acá, un más cerca de nosotros. El interior del dato. *Un cómo* ese hecho, *un cómo* ese acontecimiento afectó vidas, cómo cambió o logró otros cursos de vida. Más que los grandes acontecimientos a solas, a las crónicas les interesan sus *pequeños* episodios, los momentos vividos por seres iguales a tantos otros, comparables, semejantes a tantos otros. O lo que, en principio, Tomás Eloy Martínez llamó, en su artículo “Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI”, la gran respuesta del periodismo escrito:

La gran respuesta del periodismo escrito contemporáneo al desafío de los medios audiovisuales es descubrir, donde antes había sólo un hecho, al ser humano que está detrás de ese hecho, a la persona de carne

²⁰ Pavel asegura que en la relación entre lectores reales y los mundos de ficción, a los primeros: “Nos conmueve el destino de los personajes de ficción pues, como sostiene Kendall Walton, cuando estamos atrapados por una historia participamos en los acontecimientos ficticios proyectando un yo de ficción que asiste a los acontecimientos imaginarios como una especie de miembro sin voto [a lo que más adelante agrega Pavel que] [...] / [...]. Las aspiraciones de Schiller por una humanidad mejorada por la educación estética se basaban sin duda en el supuesto de que el yo de ficción después de su regreso del viaje por los dominios del arte, se confundiría efectivamente con el yo real para compartir con él su engrandecimiento” (*Mundos de ficción* 106-7).

y hueso afectada por los vientos de la realidad. La noticia ha dejado de ser objetiva para volverse individual. O mejor dicho: las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber. Eso no siempre se puede hacer, por supuesto. Hay que investigar primero cuál es el personaje paradigmático de que [sic] podría reflejar, como un prisma, las cambiantes luces de la realidad. (117)

Voluntad de saber que las crónicas se plantean a partir de una singularidad, la de un *yo* solicitante de un tiempo que anuncia un *nosotros*. Ese del sí mismo alcanzado gracias a la distancia ofrecida por la lectura de lo otro, *no tan otro* al comprender el lector que aquello experimentado por ese *él* o esa *ella* de las crónicas, puede de la misma manera *pasarle* al ciclo cotidiano de quien las lee. Tragedia o al menos drama que hermana a los personajes del mundo de las crónicas con las personas del mundo actual. Cercano efecto aristotélico de conmoción en el lector de ficciones, porque el extravío del ciclo cotidiano parece sucederle, pasarle, de forma injusta a quien de este lado se estima no lo merecía y en cambio es sorprendido, abrumado en su transitar cotidiano por quienes sí parecen gozar de alguna fama y fortuna en el mundo de las crónicas (acaso por quienes ejercen el poder político, por ejemplo). Y efecto aristotélico de terror al otro lado, porque se trata del suceder de alguien semejante a quien lee las crónicas.²¹

21 En su *Poética*, Aristóteles refiere sobre este efecto exactamente lo siguiente: “Puesto que la trama de la más bella tragedia no debe ser simple sino compleja y representar hechos terribles y lamentables (esto es específico de tal representación), resulta evidente, en primer término, que los hombres honestos no han de ser mostrados mientras pasan de la felicidad a la desdicha, porque eso no es terrible ni lamentable sino infame, ni los malvados mientras cambian de la desdicha a la felicidad, porque ésta es la más anti-trágica de todas [las situaciones], en cuanto no posee ninguna de las [condiciones] que debe poseer: No produce, en efecto, simpatía por los hombres, ni compasión ni temor. Tampoco [debe] pasar el hombre enteramente malo de la felicidad a la desdicha. Tal situación podría provocar simpatía por los hombres, pero no compasión ni temor, pues la una se siente por quien es desdichado sin merecerlo, el otro por quien es semejante [a nosotros]. [...], de manera que el resultado no es [aquí] ni la compasión ni el temor [...]. Queda, pues, el [personaje] que se encuentra en el medio de estos [extremos]. Tal es el que no sobresale por su virtud o su justicia, pero que no llega a la desdicha por maldad o perversidad *sino por algún error* propio de quienes gozan de gran fama y fortuna, como Edipo y Tiestes y los hombres insignes de tales familias” (Trad. Cappelletti 1453a; los puntos suspensivos entre corchetes y el énfasis son míos).

Deseo y ejercicio de poder también el de las crónicas al presentarse compiladas en libros luego de un antes haberse dado a conocer como textos individuales alejados, entre sí, uno a uno, en el tiempo tanto de su escritura como de su lectura iniciales en la prensa. Voluntad de tránsito fuera de las fronteras del periódico, deseo de otra territorialidad este de las crónicas ahora reunidas en el registro del libro, de configurar, de ofrecer otro mundo posible, uno que tienda a mostrarse mayor, quizás más complejo en personajes, acontecimientos y lugares que aquellos en donde eran textos de crónicas independientes unos de otros, sin una relación material tan directa como la facilitada por el libro.

Nueva constelación posible que tiende a emparentar las crónicas entre sí, al menos por lo pronto, en la *performance* de un dominio de objetos al que recurren como selección. Un universo de materias, motivos, situaciones o temas que ellas no pueden dejar de decir al lector, como lo son, por ejemplo: ciertas costumbres y cosas características de la vida venezolana en *Fechorías y otras crónicas de bolsillo* de Pablo Antillano; el dolor de cabeza que es la política, la dirección política de un país en *El país según Cabrujas* de José Ignacio Cabrujas; la injusticia social en *Guerra nuestra. Crónicas del desamparo* de José Roberto Duque; gustar, degustar y los recuerdos en *Los cuadernos de la gula* de Ben Amí Fihman; la íntima palabra, la palabra no dicha en *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción* de Nelson Hippolyte Ortega; el dominio de la criminalidad y la delincuencia de toda índole para *Caracas 9mm. Valle de balas* de Earle Herrera; aquellas discusiones en torno a lo bien o mal llamado *femenino* según *Crónicas ginecológicas* de Elisa Lerner; o las resonancias personales y públicas de las historias en *Criaturas verbales* de Milagros Socorro. Como si al dar cuenta de todos estos objetos discursivos, atizados extratextualmente mediante la intermediación de eso que en principio hemos aceptado llamar *universales reales* (verosímiles ecos del saber común, pero también de la verdad escrutada por ciertos saberes institucionalizados), los libros de crónicas también se movieran por el deseo de explicar, comprender y quizás hasta cambiar las fronteras de su universo discursivo, desplazando los límites entre ficción y realidad, redimensionándolos al punto de imaginar un mundo posible hecho reflexivo, contestatario, no extraviado mundo actual.

Amplitud de la paradoja

“Pienso en cómo la literatura occidental ha debido buscar apoyo desde hace siglos sobre lo natural, lo verosímil, sobre la sinceridad, y también sobre la ciencia –en resumen– sobre el discurso verdadero”

MICHEL FOUCAULT. *EL ORDEN DEL DISCURSO*

Si para muchos hablar de lo verosímil es situarse entre *el sinsentido* y *la verdad*, entre *no saber* y *saber*, como diría Julia Kristeva,²² lo cierto es que, a medio camino entre ambas duplas relacionadas con la representación literaria y la realidad histórica, el periodismo es la superficie que muestra la textura de las crónicas periodístico-literarias como enunciados híbridos, raros, distintos en el clima de la novedad y la información.

La paradoja en las crónicas es, sin embargo, esa extraña situación de vida que no les permite establecerse del todo como reconocido enunciado del discurso de la historia o de las ciencias sociales. Esa extraña situación que también las obliga de tiempo en tiempo a estar propensas a que duden de su estatus literario, para que en otras oportunidades de manera semejante se les desconozca como un género periodístico altamente estimado. Aunque como bien lo señala Gérard Genette al reflexionar sobre lo verosímil, esa paradoja solo resulta porque

por otra parte, y este es un hecho más interesante desde esta perspectiva, el relato *constituye lo relatado como posible*, pero (sin relación con una noción extra literaria de lo verdadero y lo posible) en *posible textual*; y si desde este punto de vista (que no se confunde enteramente con la coherencia interna, a tal punto es verdad que es una tendencia arraigada que consiste en reducir a la lógica un relato ‘desordenado’)

22 A propósito de su discusión sobre el qué y cómo de lo verosímil, Julia Kristeva señala lo siguiente: “Lo verosímil no conoce; sólo conoce el *sentido* que, para lo verosímil, no necesita ser verdadero para ser auténtico. Refugio del *sentido*, lo verosímil es todo lo que, sin ser sinsentido, no se limita al saber, a la objetividad. A medio camino entre el saber y el no saber, lo verdadero y el sinsentido, lo verosímil es la zona intermedia por donde se desliza un saber disfrazado, para controlar una práctica de investigación translingüística mediante el ‘querer-oírse-hablar-de-lo-absoluto’. Habiendo reservado a la ciencia el campo de lo verídico, este saber absoluto de que está impregnada toda enunciación, secreta un terreno de ambigüedad, un sí-y-no en el que la verdad es un recuerdo presente (una presencia secundaria pero infaltable), fantasmal y originaria: es el terreno extra-verídico del sentido como verosimilitud” (“La productividad llamada texto” 65-66).

todo texto es verosímil por el hecho mismo de ser un texto, hay que agregar inmediatamente que es porque este verosímil se torna real: el derecho se torna hecho por la sola existencia del hecho. (“La escritura liberadora” 43)

Parece que las crónicas son textos burlones, inasibles y escurridizos, desinteresados en su definitiva pertenencia a un único espacio discursivo. En cualquier caso, la invitación que parecen realizar es a ser recibidas en ese justo estado de desarraigo, a ser tomadas como textos raros. La ruptura discursiva que propician no tiende a ocurrir al interior de uno de esos sistemas textuales establecidos, con los cuales conserva lazos de consanguinidad como hemos visto. Su desavenencia tiene otro tope conceptual, se da en el espacio de la teoría sobre las constelaciones discursivas, como seguramente lo señalaría Foucault. La explicación en este tipo de disertación es del todo operativa o funcional: en nuestro caso nos permite dar cuenta de una práctica particularmente interesante, caracterizada por ese fenómeno de naturaleza ruptural. Aquí, en “Las urgencias de la vida cotidiana: eso que no pueden dejar de decir las crónicas”, solo ha asumido las formas del ciclo cotidiano, ese de todos los días.

Obras citadas

Antillano, Pablo. “A tiempo”. *Fechorías y otras crónicas de bolsillo*.

Caracas: Comala.com / ediciónXdemanda, 2000. 09-11. Impreso.

Antillano, Pablo. *Fechorías y otras crónicas de bolsillo*. Caracas:

Comala.com / ediciónXdemanda, 2000. Impreso.

Antillano, Pablo. “El ocaso de las noticias”. *Fechorías y otras crónicas de bolsillo*.

Caracas: Comala.com / ediciónXdemanda, 2000. 47-49. Impreso.

Aristóteles. *Poética*. 3.^a ed. Intro., trad. y notas Ángel Cappelletti. Caracas:

Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1998. Impreso.

Aristóteles. *Poética*. Versión directa, intro. y notas Juan David García Bacca. Caracas:

Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela, 1982. Impreso.

Barajas, María Josefina. *Textos con salvoconducto: La crónica periodístico-literaria de finales del siglo XX*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela - Comisión de Estudios de Postgrado de la Facultad de Humanidades y Educación, 2013. Impreso.

Brünner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998. Impreso.

- Cabrujas, José Ignacio. *El mundo según Cabrujas*. Caracas: Editorial Alfa, 2009. Impreso.
- Cabrujas, José Ignacio. *El país según Cabrujas*. 2.^a ed. Caracas: Monte Ávila Editores latinoamericana, 1992/1997. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “Brigitte Nielsen. De lo que se perdió Rambo”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 25-29. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “Edificio La Sierra. Catorce pisos calientes”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 47-52. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “Ezequiel Díaz Silva. Periodismo a punta de pistola”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 19-24. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “El guachimán que viajó al corazón de las tinieblas”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 53-58. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “San Félix, propiedad privada”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 14-18. Impreso.
- Dahbar, Sergio. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. Impreso.
- Dahbar, Sergio. *Sangre, dioses, mudanzas*. Caracas: Debate, 2003. Impreso.
- Dahbar, Sergio. “Soy tu esposa por un día”. *Sangre, dioses, mudanzas (crónicas)*. Caracas: Alfadil, 1989. 41-45. Impreso.
- Doležel, Lumobir. “Mimesis y mundos posibles”. *Teorías de la ficción literaria*. Comp. Antonio Garrido Domínguez. Madrid: Arcos/Libros, 1997. 69-94. Impreso.
- Doležel, Lumobir. “Verdad y autenticidad en la narrativa”. *Teorías de la ficción literaria*. Comp. Antonio Garrido Domínguez. Madrid: Arcos/Libros, 1997. 95-122. Impreso.
- Duque, José Roberto. *Guerra nuestra. Crónicas del desamparo (1996-1999)*. Caracas: Memorias de Altigracia / Laurens & Riviera Consultores, 1999. Impreso.
- Estébanez Calderón, Demetrio. “Ficción”. *Diccionario de términos literarios*. 2.^a reimp. Madrid: Alianza Editorial, 2001. 411-412. Impreso.
- Fihman, Ben Amí. *Boca hay una sola*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2006. Impreso.
- Fihman, Ben Amí. *Los cuadernos de la gula*. Caracas: Línea Editores, 1983. Impreso.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. 14.^a ed. Trad. Aurelio Garzón del Camino. México D.F: Siglo veintiuno, 1990. Impreso.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. 3.^a ed. Trad. Alberto González Troyano. Barcelona: Tusquets, 1987. Impreso.
- Foucault, Michel. “Verdad y poder”. *Estrategias de poder. Obras esenciales*. Trad. Fernando Álvarez Uría y Julia Varela, vol. II. Barcelona: Paidós Ibérica, 1999. 41-55. Impreso.

- Genette, Gérard. “La escritura liberadora: lo verosímil en la *Jerusalén Liberada* del Tasso”. Roland Barthes *et al. Lo verosímil*. 2.^a ed. Trad. Beatriz Dorriot. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972. 31-61. Impreso.
- Giannini, Humberto. *La “reflexión” cotidiana. Hacia una arqueología de la experiencia*. 4.^a ed. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1995. Impreso.
- Herrera, Earle. *Caracas 9 mm. Valle de balas*. Caracas: Alfadil, 1993. Impreso.
- Hippolyte Ortega, Nelson. *Para desnudarte mejor. Realidad y ficción en la entrevista*. Caracas: Monte Ávila, 1993. Impreso.
- Kristeva, Julia. “La productividad llamada texto”. Roland Barthes *et ál. Lo verosímil*. 2.^a ed. Trad. Beatriz Dorriot. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972. 63-93. Impreso.
- Lechner, Norbert. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. 2.^a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 1995. Impreso.
- Lerner, Elisa. *Crónicas ginecológicas*. Caracas: Línea, 1984. Impreso.
- Martínez, Tomás Eloy. “Periodismo y narración: desafíos para el siglo XXI”. Conferencia pronunciada ante la asamblea de la SIP el 26 de octubre de 1997, en Guadalajara (México). *Cuadernos de Literatura* 8.15 (enero-junio de 2002): 115-123. Impreso.
- Mateo del Pino, Ángeles. “Chile, una *loca* geografía o las crónicas de Pedro Lemebel”. *Hispanérica. Revista de literatura* XXVII.80-81 (1998): 17-28. Impreso.
- Metz, Christian. “El decir y lo dicho en el cine: ¿hacia la decadencia de un cierto verosímil?” Roland Barthes *et ál. Lo verosímil*. 2.^a ed. Trad. Beatriz Dorriot. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo, 1972. 17-30. Impreso.
- Pavel, Thomas G. *Mundos de ficción*. Trad. Julieta Fombona. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1995. Impreso.
- Real Academia Española. “Veraz”. *Diccionario de la lengua española*. www.dle.rae.es. Web. 25 de septiembre de 2016.
- Reguillo Cruz, Rossana. “La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas”. *Ciudadanías del miedo*. Ed. Susana Rotker. Caracas: Editorial Nueva Sociedad - Rutgers, The State University of New Jersey, 2000. 185-201. Impreso.
- Ricœur, Paul. *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. Trad. Agustín Neira. México: Siglo veintiuno, 1995. Impreso.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. “Llegó el obispo de Roma (12 de octubre de 1984)”. *Una noche con Iris Chacón*. S.l: Antillana, 1986. 7-52. Impreso.
- Rodríguez Juliá, Edgardo. *Una noche con Iris Chacón*. S.l: Antillana, 1986. Impreso.
- Rotker, Susana. “Crónica y cultura urbana: Caracas, la última década”. *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias* 1.1 (enero-junio 1993): 121-130. Impreso.

- Socorro, Milagros. *Criaturas verbales*. Caracas: Fondo Editorial Angria - Conac, 2000. Impreso.
- Socorro, Milagros. El periodismo como género literario”. *Criaturas verbales*. Caracas: Fondo Editorial Angria - Conac, 2000. 9-12. Impreso.
- Socorro, Milagros. “Escenas del Cafetal”. *Criaturas verbales*. Caracas: Fondo Editorial Angria - Conac, 2000. 37-40. Impreso.
- Vega, Ana Lydia, ed. *El tramo ancla; ensayos puertorriqueños de hoy*. 2.^a ed. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1991. Impreso.
- Vega, Ana Lydia. “La Gurúa Talía: Correo de San Valentín”. *El tramo ancla; ensayos puertorriqueños de hoy*. 2.^a ed. Ed. Ana Lydia Vega. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1991. 262-267. Impreso.
- Vega, Ana Lydia. “Vegetal fiero y tierno”. *El tramo ancla; ensayos puertorriqueños de hoy*. 2.^a ed. Ed. Ana Lydia Vega. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico, 1991. 269-274. Impreso.
- Veyne, Paul. *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Trad. Joaquina Aguilar. Madrid: Alianza, 1984. Impreso.